NECROLOGIA

EXCMO. SR. DUQUE DE ALBA (1)

POR

FRANCISCO JAVIER SANCHEZ CANTON

(1) Discurso leído en la sesión del 5 de octubre de 1953.

Me esforzaré, señores Académicos, en frenar la emoción, pocas veces como hoy tan perturbadora de mi sensibilidad. Piden nuestros usos tradicionales que tratemos todos los temas con ánimo sereno; pero recelo caer en desconcierto al cumplir la orden del Sr. Director accidental de que consagre unas frases a la marcha, sin retorno, de nuestro lado —desde 1926 de mi lado —del Sr. Duque de Alba.

Sus cualidades próceres, que, aisladas, pueden encontrarse en otros, trazaban con perfiles propios una personalidad singular, con independencia hasta de la resultante de la edición de aquéllas; porque los sumandos darán la misma suma, sea cualquiera el orden en que se coloquen; mas los artistas comprobáis a diario que la obra cambia según la ordenación que déis. El fondo formado por la herencia de las más variadas estirpes revistió en el que fué compañero sin par formas, cuyo molde acaso se haya roto para siempre. En varios aspectos habrá de recordársele de continuo en esta Academia. Por los libros sobre Bellas Artes que publicó. Por cuanto hubo de trabajar en procurar la conservación y la instalación de las colecciones propias; de las pertenecientes a los patronatos heredados —que respetó con escrúpulo— y del Museo del Prado. Por el constante proteger a los artistas con encargos y con adquisiciones. Por aquella atención, alerta siempre, a la defensa de los valores del patrimonio artístico e histórico de España que las actas de esta Corporación registran desde la de su ingreso en 25 de mayo de 1924.

La Casa de Alba había tenido en el siglo XIX un Duque, D. Car-

los Miguel, comprador hasta el despilfarro de pinturas, esculturas y vasos griegos; y otro, D. Jacobo Luis, que malbarató rentas y estados y que vendió parte importante de sus tesoros artísticos. Fué tarea lenta y penosa de los padres de nuestro Duque, en particular de su madre, seguida fielmente por él, sanear la maltrecha economía. En tiempos en que no se habían logrado del todo, ya el amor a la Historia de la Duquesa Rosario había dedicado recursos crecidos a la edición de libros valiosos.

La afición materna se prolongó en el hijo; manifiéstase ya en la juventud y crece sin corte ni pausa, abrazando a las obras de todas las artes bellas: Pintura, Música, Arquitectura y Escultura, colocándolas en el orden que a mi entender graduaba su predilección.

Viajero incansable, monumentos, museos, exposiciones y conciertos atraíanle con tal fuerza que le convirtieron en peregrino del arte. Recorrió mucho mundo y no como turista, antes bien, como "viajador", pues en ello hallaba máximo disfrute. Para gustar y regustar lo bello volvía de tiempo en tiempo a las tierras madres de las Artes; seis veces estuvo en Egipto, no sé cuántas en Grecia, innumerables en Italia, sin hablar de los países occidentales de Europa que frecuentemente recorría. Su conocimiento de España era perfecto y, a prueba de alterar la salud, no hace dos meses que asistía al Misterio de Elche, no sin quebranto de sus hábitos veraniegos y trastornos de sus normas en comidas y descanso. Satisfizo con este viaje un incentivo despierto por sus aficiones musicales, acentuadas en el último decenio. En julio había vuelto a presenciar las representaciones de Wagner en el Teatro de Bayreut, y la postrera carta que de él recibí, fechada en San Sebastián en 5 de agosto, me hablaba de cuanto había gozado y me invitaba a acompañarle el año venidero.

Preparaba sus viajes con lecturas abundantes, pero su espíritu reaccionaba con independencia y no disimulaba sus juicios; en postales,

escritas con lápiz, comunicábalos a sus amigos; de los días 13 y 15 de septiembre —y el 17 ya se sintió enfermo— datan las últimas que me escribió después de haber visitado en Borgoña la Abadía Cisterciense de Fontenay, que le decepcionó, y la Magdalena de Vezelay y la Iglesia de Brou, que le admiraron. Salteole la muerte en este incesante fruir de la hermosura.

Apenas contaba veintiocho años cuando en 1911 sacó a luz el espléndido catálogo de las pinturas del palacio de Liria, formado por don Angel María de Barcia, obediente a las órdenes y sobre materiales reunidos, en parte, por la Duquesa. En 1920 edita el estupendo códice de la versión de la Biblia llamada de Maqueda, que, además de ser texto notable de la lengua castellana de comienzos del siglo XV, contiene infinidad de ilustraciones iluminadas. En 1924 publica el primoroso catálogo de las miniaturas, hecho por el que fué nuestro compañero D. Joaquín Ezquerra del Bayo.

En el mismo año lee en la Academia su discurso de recepción, en que trata de las adquisiciones del mentado Duque D. Carlos Miguel. En 1927 imprime otro espléndido libro: *La música en la Casa de Alba*, escrito por nuestro compañero D. José Subirá. Tales libros —aunque se prescinda de los muchos históricos ilustrados con retratos y grabados—, muestras elocuentes de su mecenazgo, todos, de su vigilante empeño porque saliesen bellamente impresos y adornados los que otros escribieron; de su criterio personal y de su estilo sobrio y claro en los prólogos y en el discurso sobrarían para justificar que la Academia le hubiese llamado, pero diversos aspectos nos aguardan, cualquiera de ellos merecedores de la medalla de numerario.

Por razones obvias no me detendré a especificar los encargos hechos a pintores ilustres: Sotomayor, Benedito, Zuloaga, Sert, cuyos lienzos decorativos de la capilla del palacio se han podido salvar casi todos, ni las esculturas de Benlliure, de Inurria, de Barral.

Y ¿qué decir del incremento de sus colecciones heredadas? *El lobero,* de Francisco Rizi; *El santo ermitaño,* de Ribera; *La Duquesa de Alba,* de Esteve; la versión, por Rubens, del lienzo perdido en que Tiziano retrató al *Emperador Carlos V y a la Emperatriz;* el soberbio Felipe IV pintado por Rubens en 1628; el *Gran Duque de Alba,* por Sánchez Coello; el mismo glorioso personaje, por Rubens, copiando un Tiziano no desaparecido; la *Dama anciana,* de Gainsborough, y, por no hacer interminable la relación, un retrato de Reeburn y un paisajito de Guardi, del que en la citada carta de agosto me decía: "es el más pequeño y menos importante que usted haya visto". Como el afán viajero, también el de adquirir obras de arte se conservó en su ánimo hasta las semanas finales de su vida.

Sobre esta masa, ingente ya, de beneficios proporcionados a las artes, añádanse las obras realizadas en los palacios de Las Dueñas, de Sevilla, y de Monterrey, en Salamanca; en conservar, en lo posible monasterios y castillos; en traer a Madrid pinturas de fundaciones de su linaje para ser restauradas.

¿Cómo omitir la memoria de su papel preponderante en la Presidencia del Patronato del Museo del Prado desde su creación en 1912 hasta 1936, sentando las bases de su total reforma? La atención prestada por el Duque de Alba al Museo no era formularia ni superficial, llegaba a pormenores de toda índole. En años malos, como en años buenos, nunca quebró su voluntad ni menguó su interés, y no puedo olvidar aquel lustro largo, que tantos eliminan del recuerdo, comenzado en abril de 1931, durante el cual, autorizado por S. M. el Rey, se mantuvo en el puesto; ayudado por él y por nuestro llorado Muguruza, pude surcar tan proceloso período.

Con el pensamiento fijo en el servicio de nuestras artes alcanzada con sus iniciativas, con sus medios, con sus gestiones a las más alejadas esferas; nadie ignora que las cláusulas de la fundación testamen-

taria del Conde de Cartagena se estudiaron minuciosamente en el palacio de Liria.

La guerra, con sus destrucciones, tragedias e incertidumbres; el asesinato de su hermano, la pérdida de su palacio, los riesgos del Prado, si acibararon su espíritu, no le condujeron a la inacción; servidor de España en lugar difícil y eficaz, vino pronto al Madrid liberado; su primera visita al Museo fué para mí lenitivo de penalidades incontables, incapaz de resignarse ante la adversidad, en seguida procuró comprar una excelente biblioteca que le resarciese, en parte, de la que en sus tres cuartas partes había perdido, y, luego de exponer en el Prado cuanto de capital quedaba de sus colecciones, emprendió la construcción del que, antipedante siempre, llamaba su *Museíllo*, para que, españoles y extranjeros, contemplasen libremente sus tesoros. En los meses de este año, el avance en la reconstrucción del palacio abría esperanzas, con las que combatía su presunción de un cercano fin.

Su vida entera estuvo alumbrada por la llama del amor a las artes y a la historia; amor que no se saciaba con el conocimiento y con la mera contemplación, ni siquiera con el más hondo sentimiento de la posesión, porque estos amores, transformados en impulsos, llenaron sus horas con actividades nobilísimas.

El Duque de Alba fué más que un apasionado por la belleza artística y más que un mecenas. Con su muerte pierden artistas, arqueólogos e investigadores; pierden las instituciones que honró con su presencia, jamás inerte; pierde España, a la que sirvió sin desfallecer, algo que hoy no es mensurable. Se dirá que fué un protector de las Artes y de la Historia, que fué un colaborador puntual y constante en las empresas de la cultura, un patriota ejemplar; habrá quien añada un grande de Europa. Y todo eso, que es verdad, no es todo. Con el Duque de Alba desaparece un estilo de vida. ¡Descanse en paz!